

EL DECLIVE IDEOLOGICO Y POLITICO DE LA IZQUIERDA Y LA DINAMICA DE LA RECUPERACION EN DEFENSA DEL MARXISMO

Vassilis Filias

El hecho de que la gigantesca quiebra causada por el colapso de un número de regímenes de cuño socialista de la Europa del Este, que culminó en el verano de 1991 con la agitación en la Unión Soviética tras el fallido golpe, la hayan explicado, por lo general, los amigos del modelo socialista poniendo el acento en cualquiera de los aspectos o parámetros de otras cuestiones más que en la ideológica, no es ni accidental ni difícil de explicar. No hay duda alguna, en mi opinión, de que esta subestimación oculta un profundo desconcierto de los partidarios del socialismo de todas las tendencias que no son responsables en absoluto ni de que el ideal socialista se haya reducido a un lema, dejándose de lado su contenido esencial, ni de su distorsión y alteración en puntos tan básicos y centrales que parecieran deberse a un fallo tanto en cuanto a la práctica como en cuanto a la concepción. Esta postura y el culpable silencio de sus partidarios claramente da a los enemigos del socialismo un arma más para «confirmar» su posición con respecto al «fin de las ideologías» que ha constituido el núcleo permanente y principal del contraataque de los conservadores durante por lo menos los últimos cincuenta años. Esta posición, por supuesto, no está orientada contra una tendencia o corriente del socialismo y sus aplicaciones particulares, sino contra el socialismo «por excelencia». Y precisamente por esta razón la terrible crisis del socialismo debe ser abordada centrándose en su auténtica distorsión ideológica y

analizando el contenido y el entramado de los propósitos de la conservadora y reaccionaria antiideología. Esto es de suma importancia en cualquiera de los realineamientos que puedan allanar el camino para el socialismo del futuro.

Siguiendo este razonamiento, la aproximación debe hacerse en tres niveles básicos: el primero se refiere a las premisas ideológicas básicas para la transformación socialista que fueron ignoradas y eliminadas tanto por el socialismo como por la social-democracia. El segundo tiene que ver con los enfoques político-ideológicos de la antiideología, que el socialismo de todas las tendencias no enfrentó adecuadamente, precisamente porque sus premisas ideológicas básicas fueron violadas. El tercer nivel de referencia es el del *impasse* ideológico, político y social de la sociedad capitalista burguesa. Y el cuarto guarda relación con los modos y maneras de una revitalización ideológica y de un contraataque del socialismo.

A) PREMISAS IDEOLOGICAS PARA LA TRANSFORMACION SOCIALISTA

I. LA REALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL

La quintaesencia de la concepción de Marx, cuyas raíces pueden encontrarse en el socialismo utópico del siglo XIX, es una sociedad de ciudada-

nos libres que se autogobierna y en la cual la administración del pueblo por parte de los hombres será reemplazada por la gestión de las cosas. Esta concepción es analizada de una manera magistral por Gramsci, que la lleva hasta sus conclusiones lógicas.

El enfoque leninista del fenómeno revolucionario y las experiencias de la revolución rusa fueron decisivas para configurar el pensamiento de Antonio Gramsci. El proceso y las condiciones en que tiene lugar la desintegración de la hegemonía de la clase gobernante y la posibilidad de reemplazarla por un nuevo sistema de liderazgo basado en una nueva alianza histórica de las fuerzas sociales, constituyó el punto central de su pensamiento, pero también el eje en torno al cual giró su acción política. Pensador del siglo XX en el sentido de que tuvo conciencia plena tanto de los hechos subsiguientes como de las tendencias en la evolución del capitalismo en este siglo como función del surgimiento del movimiento fascista, Gramsci intentó un análisis marxista del sistema social y de la dinámica que permitiría sobrepasarlo, otorgando un peso especial a los elementos de la superestructura (políticos, culturales, ideológicos). De ahí que su yuxtaposición de los conceptos de «sociedad civil» (*societa civile*) y «sociedad política» (*societa politica*) sea de tan vital importancia en su análisis.

El concepto de «sociedad civil», de origen hegeliano, se convierte en objeto de intenso análisis por parte de Marx (*die burgerliche Gesellschaft*), especialmente en su obra *Contribución a la crítica de la economía política*. Según Marx, las relaciones legales y por extensión las estructuras del Estado no parten de «constructos» mentales, sino que más bien hunden sus raíces en las condiciones materiales que se concentran y expresan en la forma y estructura de la sociedad civil. El resultado inevitable de esta postura es que la anatomía de la sociedad civil sólo puede intentarse dentro del marco y como una función de la economía política, una postura que también lleva a la concepción de Marx (en *La ideología alemana* y en otras obras) de que el escenario y el foco real de la historia es la sociedad; el Estado (orden político) está sometido a ella y depende de ella. Gramsci, sin apartarse un ápice de este punto de vista, como afirman algunos comentaristas, diferencia su concepción en la medida en que considera útil que la sociedad civil incorpore la función de la hegemonía ejercida por el grupo dominante sobre la sociedad en su conjunto. Esta hegemonía no se extiende sólo a los parámetros económicos, sino que es a un tiempo hegemonía cultural y hegemonía

política y se expresa como el «contenido moral del Estado». La diferenciación no implica cuestiones esenciales, porque Marx repetidamente identificó con exactitud los mismos elementos de la superestructura como elementos decisivos para la sociedad civil, en frases análogas o variaciones de ellas, pero con un énfasis y una intensidad diferentes, lo cual no hace sino distinguir el particularísimo interés investigador de Gramsci.

Este interés particular desembocó sin duda en el análisis sumamente detallado y esclarecedor que hizo Gramsci de la sociedad civil. Los tres posibles enfoques analíticos de la sociedad civil, que expresan campos interdependientes y complementarios, son, de acuerdo con las observaciones salpicadas en su obra *Cartas desde la cárcel*, las siguientes: 1.^a La ideología de la clase gobernante que no es entendida sólo como política, sino que se extiende a todos los sectores sin excepción, incluida la economía, la justicia, las artes y las ciencias, etc. 2.^a La concepción del mundo, tal como se expresa en niveles cualitativamente diferentes —religión, filosofía, «sentido común», folklore, estilo de vida, etc.—, dentro de los cuales se hace posible adaptar la concepción prevaleciente del mundo a todas las clases, estratos sociales y grupos. 3.^a La propia ideología prevaleciente como una ideología social, política y de poder en conjunción con los mecanismos ideológicos por medio de los cuales se propaga (Iglesia, sistema educacional, medios de difusión, etc.). La clase gobernante utiliza todos estos elementos para configurar la realidad precedente, lo que significa la historia y la filosofía que corresponden a un período determinado de la historia. Por esto precisamente es por lo que Gramsci llega a la conclusión de que la historia y la filosofía de un período histórico particular son inseparables. La clase gobernante (clase dirigente, tal como la llama Gramsci) está obligada a organizarse y unirse con la sociedad civil de tal modo que su ideología se difunda y al mismo tiempo quede protegido su «frente teórico e ideológico».

La sociedad política o el Estado, en contraste con la sociedad civil, no dirige la maquinaria ideológico-política de la sociedad. De acuerdo con la teoría marxista clásica, Gramsci sostiene que la sociedad política justifica la soberanía de la clase gobernante mediante el gobierno, la maquinaria represiva, la administración pública y el marco jurídico. El marco jurídico garantiza la legalidad formal a todas las expresiones de la sociedad política; de esta manera legitima todas las medidas que aseguran la disciplina social entre personas y grupos, en todos los momentos y lugares donde el

consenso espontáneo creado por la maquinaria ideológica es inadecuado o no se realiza.

La funcionalidad y la fuerza impregnan las actividades globales de la sociedad política de tal manera que completan el sistema que perpetúa la hegemonía de una clase mediante su control de toda la sociedad. Está claro que el control económico e ideológico en el ámbito de la sociedad civil se ve complementado por el control político (la sociedad política), pero es inconcebible sin un dominio económico e ideológico. En consecuencia, la sociedad civil es más temprana y primaria, mientras que la sociedad política es más tardía y secundaria, porque la base para el dominio de la «clase fundamental» (un término básico en el análisis gramsciano), es decir, la clase principal y más importante dentro de toda formación social hegemónica, está en la sociedad civil. Gramsci identifica la misión de la sociedad política en dos niveles de acuerdo con las circunstancias:

1.º La misión ordinaria, cotidiana, que consiste en controlar a grupos sociales «salvajes» no sometidos a la dirección de la clase fundamental. Las contradicciones socioeconómicas de nuestros días y las tensiones concomitantes en las relaciones sociales causan conflictos con la clase fundamental, a las que, sin embargo, es posible hacer frente activando la maquinaria institucionalizada y legalizada.

2.º La misión especial, que es más o menos temporal, consiste en la confrontación dinámica de las crisis en el sistema. Gramsci llama a estas crisis «orgánicas» e implican casos en los cuales la clase gobernante pierde levemente el control de la sociedad civil y está obligada a confiar en la imposición directa de la maquinaria coercitiva de la sociedad política para no perder su posición predominante.

Sólo cuando estas dos expresiones del control político parecen incapaces o inadecuadas para asegurar la dominación de la clase gobernante pierde temporalmente la sociedad política su exclusividad y el monopolio de la coerción social, por lo que crea la maquinaria paraestatal de tipo político-militar.

En todos los casos, la relación entre consenso y coerción en cualquier realidad social es de naturaleza dialéctica, lo cual significa que la sociedad civil y la sociedad política se complementan entre sí y que ni una ni otra pueden ser consideradas como la base única y exclusiva de la hegemonía de la clase dominante. Gramsci considera que la maquinaria encargada de configurar la opinión pública tiene una importancia decisiva, y que

es el punto donde la unidad dialéctica de los dos niveles en la sociedad democrática moderna se vuelve evidente. Por una parte, la sociedad civil, con los medios de comunicación, la propaganda política y todos los mecanismos ideológicos controlados por la clase gobernante, organiza el «clima» más generalizado que da lugar a la opinión pública y que es transmitido auténticamente en el Parlamento. Sin embargo, el procedimiento de aprobación de las leyes está en manos del Parlamento, que es la espuela básica que activa el funcionamiento de la maquinaria coercitiva y, consecuentemente, de la sociedad política. En este punto es evidente que la naturaleza privada de las pautas de la sociedad civil y la naturaleza público-coercitiva de las de la sociedad política están implícitas en la gestión de la sociedad por parte de la clase gobernante.

Al mismo tiempo, Gramsci observa una tendencia a poner a la sociedad civil bajo el control del Estado burgués-capitalista, tendencia que se expresa a través del fortalecimiento del control directo del Estado. En un análisis muy clarividente de esta tendencia hacia el control del Estado, Gramsci percibe que la Iglesia, los partidos políticos tradicionales, los responsables de la educación independiente e incluso los sindicatos quedan debilitados como factores independientes en la configuración de la opinión pública. En particular con respecto al control de la educación por parte del Estado, Gramsci señala:

— El monopolio estatal de la educación so pretexto de la necesidad de elevar el nivel técnico y cultural de las masas a fin de satisfacer las demandas de crecimiento de las fuerzas de producción.

— El reemplazo de la antigua clase de intelectuales independientes, que tenían una educación general y una orientación humanista (formados dentro de la Iglesia y más tarde por la Ilustración), por tecnócratas, gestores y portavoces especializados de la ideología gobernante, asociados directamente con el Estado.

— La tendencia hacia la concentración y unificación de la ideología dominante, pero también de la maquinaria ideológica, por iniciativa de la sociedad política, es decir, mediante la intervención del Estado.

La primera cuestión que hay que plantear, y que es preciso responder, con respecto a los regímenes del «socialismo real», es si se movieron en la dirección de promover la realización y el perfeccionamiento de la sociedad civil o si, por el contrario, favorecieron su declive o su marasmo absoluto, y el correspondiente crecimiento de la ma-

quinaria del poder político en una escala que llevó incluso a la completa desaparición de aquellos elementos de automotivación y autoexpresión de la sociedad que funcionaban en el sistema democrático parlamentario, aunque sólo fuera de una manera superficial e incompleta.

II. EL PROBLEMA DE LA HEGEMONÍA IDEOLÓGICA

Marx no entró en detalles sobre su pensamiento en lo que respecta a la cuestión de la hegemonía ideológica y del papel de la superestructura. La persona que desarrolló el tema y estableció las dimensiones completas de la cuestión fue Gramsci.

El concepto de hegemonía es decisivo en el enfoque analítico de Gramsci. Se basa en la preeminencia de la sociedad civil sobre la sociedad política. Consiste en el predominio ideológico y el control ejercidos por la clase «dirigente», que se expresan en una forma de «monopolio» mental ejercido por esta clase a través de sus intelectuales. El monopolio se configura como un poder de atracción y de asimilación a nivel mental que se ejerce sobre la *intelligentsia* en su conjunto y, en consecuencia, sobre los intelectuales y sobre otras clases y estratos sociales. En la práctica, esta atracción adopta la forma de sometimiento al pivote ideológico constituido por los intelectuales de la clase «dirigente», un sometimiento que se justifica con miras a la creación de un espíritu de solidaridad entre todos los intelectuales, e incluso de una manera más específica, mediante el desarrollo de toda una visión de «casta» o sindicalista (por ejemplo de los tecnócratas, juristas, etc.). En este punto habría que señalar que Gramsci hace una clara distinción entre la «clase fundamental», que está determinada por su lugar preponderante y decisivo en la economía (cimientos materiales) y el concepto «clase hegemónica», que se refiere al nivel de control dentro de la superestructura. También está claro que, para Gramsci, la clase que expresa la dinámica del progreso socio-histórico ejerce la hegemonía ideológica en el sentido amplio de la palabra, incluso antes de asumir el poder y de asumir un papel dominante. Por este motivo se refiere también a su papel como «clase dirigente» y opta por no usar la palabra «gobernante». Dentro de la lógica de Gramsci, desempeñar un papel decisivo en la economía, aunque indudablemente es una condición necesaria, no es suficiente para que una clase controle a una sociedad si su hegemonía sobre los in-

telectuales no está garantizada. Esta hegemonía intelectual también se comunica a la teoría, filosofía, percepción y dirección pedagógica, modelos culturales, etc., del mundo.

De una manera similar, según Gramsci, la supremacía de la sociedad política sobre la sociedad civil se manifiesta en las sociedades subdesarrolladas, en las cuales la segunda funciona a media máquina, con el resultado de que la confrontación social se produce en condiciones políticas muy crudas; es decir, en el nivel del Estado y del control del poder. Este es el caso al que se refiere Gramsci cuando habla de *estatolatría*, que considera que es la expresión de una patología y un desequilibrio, teniendo en cuenta que, como ya se ha subrayado, el elemento preponderante y decisivo del enfoque gramsciano es la sociedad civil. Sin embargo, este estatismo, es decir, la prevalencia del Estado sobre el elemento socio-ideológico más amplio, se convierte en algo virtualmente inevitable, no sólo cuando la sociedad es primitiva e invertebrada, sino también en las etapas de la transición revolucionaria, en las cuales las fuerzas atrapadas en las estructuras sociales previamente existentes no han sido neutralizadas, ni ha sido vencido su potencial ideológico y político, que es peligroso para la revolución. Sin embargo, a pesar de esto, Gramsci se muestra sumamente desconfiado ante la «estatolatría» revolucionaria, que se perpetúa porque, como él señala de una manera característica, no acabamos desembocando simplemente en un «gobierno de burócratas», sino que la propia movilización e iniciativa de los individuos y de los grupos sociales, incluso cuando no son promovidas por la burocracia, adoptan rasgos estatistas. Según una de las posturas básicas de Marx y su reformulación por parte de Lenin, el primer objetivo directo de la revolución proletaria es el desarrollo y la independencia de la sociedad civil y su objetivo supremo a largo plazo es la absorción de la sociedad política por parte de la sociedad civil. La sociedad política, como mecanismo de fuerza y de coerción, ya no tiene razón de ser desde el momento en que la división de la sociedad en clases ha sido superada y se ha establecido una sociedad sin clases.

Es obvio que el enfoque gramsciano es diametralmente opuesto al economismo, pero también lo es que tiene unas gradaciones diferentes que el de Lenin, que puso el acento sobre la sociedad política y, en consecuencia, sobre los elementos del predominio político-militar (por ejemplo, la dictadura del proletariado), desplazando hacia una posición secundaria las reflexiones sobre la hegemonía de la sociedad civil. Esta hegemonía actúa

de una manera decisiva, tal como ya hemos explicado, dentro del propio entramado del poder (el Estado) y, por supuesto, condena al fracaso cualquier forma de «estatalatría». En este sentido, Gramsci complementa la teoría leninista sobre el Estado, que él establece muy claramente como una expresión de la combinación de la sociedad civil y la sociedad política, otorgando una enorme significación a la dimensión ideológica y cultural y a la correspondiente base moral y civil del poder. Es precisamente por esta razón por la que en su análisis de la dictadura del proletariado Gramsci rechaza su naturaleza exclusiva como fuerza externa que actúa sobre la sociedad mediante el uso de mecanismos coercitivos garantizados por la maquinaria del Estado e insiste sobre el liderazgo-hegemonía ideológico como elemento inseparable y entrelazado con el poder del proletario. La dualidad del enfoque de Gramsci reside en el hecho de que él ve la fuerza como un arma contra las clases sociales que se oponen; pero percibe la tutela ideológica de la clase «fundamental» como un medio para controlar y unir a las clases sociales secundarias y «auxiliares» con las cuales forma alianza.

En consecuencia, la capacidad de una clase para conducir a la sociedad está determinada en dos niveles: por un lado, su lugar decisivo en la economía (clase fundamental), y por otra, su hegemonía ideológica por encima de la superestructura. La dualidad de esta concepción gramsciana es de suma importancia para comprender el concepto del bloque histórico en su análisis. El «bloque histórico», como alianza de las fuerzas sociales en torno a una clase fundamental, presupone que en el nivel material (la economía) hay una convergencia de intereses, pero al mismo tiempo que en el nivel ideológico hay un potencial para asimilar a los intelectuales —ya sea en el sentido de absorber o de adaptar— de las clases sociales secundarias al liderazgo intelectual de la clase fundamental. Este hecho presupone que los intelectuales de estas clases «auxiliares» han conseguido sus intereses y ambiciones especiales dentro del bloque histórico.

Con la observación de que, en el análisis gramsciano, un intelectual es considerado generalmente como una persona que tiene una educación sistemática de un nivel superior —y no sólo una persona de la esfera de las letras o de la cultura— los rasgos distintivos del papel de los intelectuales dentro del bloque histórico quedan identificados. Evidentemente, los intelectuales no constituyen una clase aparte, sino más bien un grupo social asociado con una clase. En consecuencia, en to-

das las clases se crea o se tiende a crear un estrato de intelectuales, pero la conciencia de clase de los intelectuales de los grupos sociales más bajos y dependientes de la clase fundamental está menos desarrollada y es menos independiente, amén de que presenta fluctuaciones e inseguridades, y por lo tanto, es «vulnerable». Esto puede explicarse por el hecho de que el potencial ideológico de la clase fundamental, que se basa en la necesidad histórica, la lleva a la monopolización de las grandes ideas y de los grandes intelectuales, con el resultado de que los intelectuales de las clases sociales controladas toman sus puntos de referencia, sobre todo, de los intelectuales de la otra clase. Gramsci usa profusamente el término «históricamente orgánico» para describir una superestructura ideológica que considera necesaria para cierta estructura social. También describe como «orgánico» el vínculo entre el intelectual y la clase social a la que representa, así como su papel en el funcionamiento total de la superestructura. Esta concepción de la naturaleza orgánica de los intelectuales excluye, como es natural, toda posibilidad de que se los considere como una categoría social autónoma ajena a los conflictos sociales. Por el contrario, Gramsci los describe como «funcionarios de la superestructura» en el sentido de que ellos avanzan y difunden los elementos de la tutela ideológica de la clase fundamental sobre las clases sociales «inferiores» y controladas. Gramsci no considera que la naturaleza orgánica de las relaciones entre los intelectuales y la clase a la que representan sea de naturaleza mecanicista, dado que el intelectual no es un agente pasivo, ni la superestructura un mero reflejo de una estructura material. Precisamente por este motivo son posibles las inarmonías entre la base socio-económica y la superestructura del bloque histórico que podrían retrasar la evolución de esta misma estructura. Por otra parte, la flexibilidad relativa de la relación entre los intelectuales y su clase les permite hacer ajustes sucesivos respecto de la dirección ideológica y política de un bloque histórico que son necesarios para asegurar que la dirección y las fuerzas que las componen son uniformes.

Gramsci distingue tres categorías graduales de intelectuales: los creadores, los organizadores y los educadores. Sin subestimar el papel de los intelectuales «de menor categoría», fundamentalmente como «funcionarios de la superestructura», cree que la lucha ideológica se juzga por el nivel de los creadores de ideología, los «grandes intelectuales», como él los llama, que en un bloque histórico revolucionario emergente proporcionan

las armas ideológicas para combatir a la clase dominante.

Coherente con estas posturas, Gramsci cree que la crisis orgánica de un bloque histórico dominante que permite la creación de un nuevo bloque histórico es una crisis que está expresada sin duda por una grieta entre la base material y la superestructura. Esta grieta se debe a contradicciones en el funcionamiento del sistema y se pone en evidencia en la «falta de paralelismo» entre la evolución de la base material y la superestructura ideológica. En consecuencia, existe una crisis cuando la clase dirigente dominante deja de realizar satisfactoriamente su misión económica y su misión ideológico-cultural, de modo que ya no puede garantizarse el progreso para la sociedad en su conjunto. El resultado y la manifestación de la crisis es que el consenso social se ve sacudido por dos repercusiones muy graves: el aumento gradual de la indisciplina entre las clases sociales sojuzgadas y el endurecimiento de los mecanismos de coerción y de fuerza del Estado (es decir, de la sociedad política). Es característico que Gramsci hable de una «crisis de autoridad» de la clase dirigente, que entonces se ve obligada a recurrir a la imposición cruda y dura del poder, dado que existe simultáneamente un distanciamiento de los intelectuales de las clases dominadas con respecto a la ideología predominante. En épocas de crisis como ésta es posible, según Gramsci, que las clases sociales más bajas puedan incluso crear situaciones «espontáneas» «no orgánicas». Se trata de incidentes en los que, sin la intervención de los intelectuales y, por consiguiente, sin que la cuestión se vuelva ideológica, las demandas de naturaleza económica y sindical planteadas por las fuerzas sociales dominadas adquieren una naturaleza política en el sentido de que encienden la chispa y proporcionan la base para una derrota política de mayores proporciones. Sin embargo, en ningún caso es posible para las clases sociales dominadas llegar a un nuevo sistema de hegemonía si no se han organizado —incluso antes del estallido de la crisis— en un bloque histórico con una dirección política e ideológica particularmente clara. La tarea de la clase fundamental del futuro dentro de este nuevo bloque histórico es crear los elementos ideológicos necesarios para favorecer la toma de conciencia de un «perfil histórico» especial por parte de las masas, que se cuentan entre las fuerzas sociales que crean la dinámica para un nuevo bloque histórico.

La segunda cuestión planteada es si en el «socialismo real» el partido ganó y mantuvo la hegemonía ideológica del proletariado o si, por el con-

trario, el partido funcionó sólo de una manera superficial como expresión ideológica de la clase trabajadora y fue identificado en última instancia con un punto de vista de estatalismo no adulterado, que destruyó las condiciones necesarias para la ideología de la hegemonía.

III. EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD Y EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

La actitud y la conducta del individuo son, según Marx, productos sociales. El individuo se configura como tal dentro de la realidad de un ámbito social determinado. Esta postura de Marx excluye por definición: *a*) la concepción del individuo como algo abstracto y al mismo tiempo su consideración como una unidad, como un ser «aislado», y *b*) el planteamiento del problema de la existencia individual en el nivel de las relaciones interpersonales sin considerar la totalidad de las relaciones sociales. Sobre esta base, Marx rechazó cualquier enfoque subjetivista del problema del hombre, o cualquier enfoque caracterizado por el existencialismo, y partió de las condiciones histórico-sociales de la existencia individual. Por este motivo, precisamente, no está de acuerdo en que el problema de la alienación pueda resolverse o que la demanda de libertad pueda plantearse, y mucho menos que pueda atenderse, a menos que se reforme radicalmente la sociedad. El significado central de esta postura de Marx fue muy bien entendido por los llamados *chair socialists* alemanes, que caracterizaron a Marx como un «colectivista con raíces individualistas», es decir, como un reformista social que pretendía un tipo de sociedad capaz de garantizar la realización y la felicidad del individuo. En consecuencia, para Marx la desesperación, la desesperanza y la soledad eran la función y el resultado de una realidad social particular y no constituían el «destino» o la condición irresistible e inevitable de la existencia humana. Existen en un tipo de sociedad que aliena y objetiviza al hombre. Está, pues, perfectamente claro que Marx plantea un conflicto diametral e irreconciliable con el existencialismo, lo cual significa que el argumento de un «complemento» existencialista del marxismo (Sartre), es imposible porque las teorías del mundo y los presupuestos sociológicos de los dos enfoques son irreconciliables. Pero además de eso, se plantea la cuestión de si el marxismo de Marx necesita algún complemento humanista. La cuestión nos obliga a tratar de una forma sistemática la concepción que tiene Marx del hombre, que por extensión nos pone

ante el problema de la libertad y de la dinámica de las interdependencias históricas y sociales en relación con el individuo. Partiendo de la concepción existencialista se podría desglosar esta cuestión en varias subcuestiones, tales como: a) ¿Hasta qué punto puede el individuo, según Marx, ser el «artífice» de su propio destino? b) ¿Cuál es la relación entre necesidad y libertad en la concepción marxista, es decir, hasta qué punto el hombre crea la historia y la vida social o es creado por ellas? c) ¿Cómo pueden interpretarse las contradicciones e irracionalidades de la conducta humana y, en particular, los conflictos morales que ponen al hombre cara a cara ante el dilema de tomar una decisión?

Marx niega la posibilidad de una «voluntad libre» que esté fuera de toda determinación social. También niega el determinismo que destruye al individuo y lo transforma en un instrumento. La necesidad histórica indudablemente se mueve dentro de leyes creadas objetivamente, pero según Marx: 1.º, esta necesidad no existe ni opera fuera de las personas de una manera mecanicista, sino a través de las personas que actúan. Y actuar significa que pueden moverse de acuerdo con la necesidad del movimiento histórico o contra éste, según sus propios intereses. El «imperativo» histórico, según Marx, no significa que todas las personas operen sobre la base de algunas especificaciones deterministas, sino que el resultado final de un vasto campo de decisiones individuales y colectivas, de conflictos y de elecciones, se encontrará en la dirección de las leyes del movimiento configuradas por la propia realidad socio-histórica. 2.º, Marx nunca sostuvo que todas las decisiones humanas, incluso las más personales, estuviesen determinadas por la necesidad histórica y social. Pero insistió en que indudablemente están influidas por el clima general creado por esta necesidad y, por cierto, parten básicamente de algunos parámetros sociales, positivos o negativos, de la realidad multidimensional y contradictoria en la cual vive el individuo. Incluso el hecho de que estas decisiones puedan ser irrelevantes, o contrarias a la necesidad establecida por un objetivo, y que puedan ser interpretadas sociológicamente no puede reducirse a ningún tipo de libertad abstracta y absoluta de voluntad individual, porque los individuos están más allá de la realidad y de la sociedad. Así pues, según Marx, los individuos tienen el derecho a elegir, pero esta elección es, por una parte, susceptible de interpretación sociológica, y por la otra, nunca conduce a la posibilidad de una derrota voluntarista y arbitraria de las leyes del movimiento de la sociedad configuradas

objetivamente, ni, por supuesto, a ninguna configuración de la misma «a voluntad». La libertad individual de elección y decisión, en consecuencia, no la concibe Marx como algo abstracto, sino como parte del individuo social existente y específico, cuyas circunstancias personales, cualesquiera que sean, son fundamentalmente de origen y de determinación social, es decir, referencias a una realidad y a una necesidad sociales más amplias. Sobre esta base es evidente que las contradicciones en la realidad social crean el campo para conflictos internos y choques de personalidad, que le toca al individuo decidir y elegir —de manera correcta o equivocada desde un punto de vista objetivo—, y en esto reside su libertad. Además, esta libertad es confirmada por el hecho de que el individuo puede hacer una elección opuesta a los intereses determinados por su clase. Sin embargo, una vez más son las circunstancias sociales generales y especiales, y no ciertos «rasgos» «psicologizantes» indeterminados, y otros no identificables, confusos e hipotéticos de la persona, las que siempre dan la clave para interpretar sus acciones.

Mediante este razonamiento Marx desemboca en un organismo radical que sitúa el problema de la libertad sobre un plano sustancial no formal. ¿En qué sentido? En el sentido de que no pueden garantizarse las condiciones sociales que liberarían al individuo de la coerción económica y social directa o indirecta, la libertad política no es posible, pero tampoco es posible activar al individuo liberado, hasta el punto de permitirle decidir, de ser libre. Precisamente por este motivo, Marx no considera la libertad —política o individual— como algo negociable dentro del marco de las sociedades de clase, donde cualquier garantía constitucional-legal de la libertad queda rescindida por la propia función social, que se crea sobre la base de una disparidad económica y social reflejada como diferencia de poder político entre unas y otras clases sociales.

Pero por lo que respecta al problema del papel de la personalidad en la historia, la postura de Marx es clara. La idea de que él sostiene que todos los problemas sociales están, de un modo mecanicista, abiertos a una solución única, constituye una falsificación de sus ideas. Por el contrario, Marx admitió que se crean las tendencias e inclinaciones que indican una dirección, pero que no funcionan de una manera unidimensional. La actividad humana, cuando tiene que tomar una decisión, divide el problema y llega a la solución. Pero es una solución que nunca puede ir más allá de las posibilidades de la propia realidad; no puede ser arbitraria ni estar fuera de la realidad. Por

supuesto, siempre existe la posibilidad de error, pero el error no puede crear una situación de larga duración, es rechazado por la propia dinámica social. La historia no tiene prisa, pero tampoco puede fabricarse a voluntad. La libertad de la personalidad histórica es la libertad dentro del marco y de las eventualidades de la necesidad creada objetivamente. Esto es precisamente lo que Hegel quiso decir cuando subrayó que la libertad es una comprensión de la necesidad.

La oposición fundamental del enfoque marxista al positivismo y sus diversas expresiones —desde Comte y Durkheim hasta el funcionalismo y el estructuralismo— parte de la postura clave de que la sociedad no es algo dado, sino algo que se construye. Como señala Swingewood correctamente, desde un punto de vista epistemológico, esto significa que la teoría social no puede ser comprendida meramente como algo que complementa y completa la estructura existente de la sociedad, sino como algo que concibe el proceso mismo de la creación social. Este es un concepto que sólo puede basarse en dos parámetros críticos: el análisis de la naturaleza humana y la historia de la sociedad humana, de tal modo que la dinámica de lo social se vuelva inteligible. La dinámica —en contraste con el enfoque positivista, estático— sólo puede ser concebida como un proceso dialéctico. La noción misma del proceso dialéctico se basa en dos premisas fundamentales: *a*) la interdependencia e influencia recíproca de los acontecimientos sociales, que impide examinarlos como hechos aislados, y *b*) la transformación social como resultado del conflicto entre opuestos en la sociedad y de la lucha entre ellos, que a partir de un punto se convierten en contradicciones insuperables dentro del propio sistema social.

Más allá de la conocida formulación hegeliana del movimiento dialéctico de la sociedad y de la historia, tesis-antítesis-síntesis, sobre la base del cual se explica que la escala de cambios cuantitativos lleve a la transformación cualitativa, así como a la refundición de elementos de lo antiguo y superado en la nueva síntesis, la dialéctica interpreta la relación entre objeto y sujeto en el proceso histórico y social. Este último punto es de fundamental importancia y a menudo se ha presentado de una manera distorsionada, debido a las sobresimplificaciones de Engels en *El Anti-Dühring* y *La dialéctica de la naturaleza*. Estas sobresimplificaciones funcionaron de una manera errónea tanto en los subsiguientes pensadores marxistas como en los teóricos no marxistas. Esto se debió al hecho de que Engels acerca tanto el análisis del progreso dialéctico en la naturaleza al aná-

lisis del movimiento dialéctico de la historia que se ve llevado a formulaciones que hacen que el hombre aparezca completamente determinado por condiciones sociales objetivas (determinismo). Estas formulaciones subestiman la operación y la significación de la conciencia y con frecuencia nos traen a la memoria el materialismo mecanicista del siglo XIX. No cabe duda de que Marx considera que el «ser» social, es decir, las condiciones sociales de la existencia, determina la conciencia, pero señala un hecho fundamental que lo distancia completamente del determinismo mecanicista. Este elemento está mencionado en la definición que da Marx de un ambiente social objetivo, que él no reconoce como una entidad separada (objeto) del individuo (sujeto). Por el contrario, Marx sostiene que incluidos en el ambiente objetivo están no sólo las condiciones configuradas objetivamente, sino también, junto con ellas, un elemento al que denomina «activación consciente», es decir, acción consciente por parte de los individuos y de los grupos. Sólo sobre esta base, que explica la capacidad del hombre para actuar, es posible la historia humana. Si el hombre fuera simplemente un producto y reflejo de las condiciones externas, no habría historia humana, sino simplemente una crónica descriptiva de la sucesión y cambio de las condiciones objetivas. En consecuencia, según Marx, la persona «reúne» y se vuelve activamente, en lugar de pasivamente, consciente de las condiciones objetivas, y de esta manera, estas últimas se convierten en incentivos para la acción. Son las «personas reales» (no abstracciones) «en el proceso perceptivo empírico real del desarrollo en ciertas condiciones» (K. Marx: *La ideología alemana*), es decir, dentro de un contexto histórico particular, quienes hacen avanzar la historia más allá de su presente fijo hacia el futuro. Esto explica también el trascendentalismo en la historia y, como consecuencia, también la revolución. También explica por qué Marx ni desde el punto de vista teórico ni en un nivel de análisis histórico particular, sostuvo la inevitabilidad del progreso histórico, de lo cual se le suele acusar con frecuencia y erróneamente (el ejemplo clásico es Popper). Por el contrario, Marx considera que la regresión es tan posible como el progreso.

No hay duda de que Marx niega enfáticamente el concepto burgués del individuo como ser aislado e independiente y fuera de la colectividad. Pero esto no significa que Marx se haya visto llevado a un historicismo mecanicista, como querría creer Popper, porque la historia para Marx no existe fuera del pueblo que, participando en colectividad-

des (clases, grupos) de acuerdo con las condiciones sociales reales, cambia el curso mediante la acción consciente, que está determinada por los objetivos y ambiciones en conflicto de diversas agrupaciones sociales. Mediante su acción, el hombre interviene en el proceso histórico, no de una manera independiente, sino como parte del mismo proceso que lo determina a él, pero que simultáneamente determina él mismo mediante su acción. Esta perspectiva de Marx sobre la relación entre la persona que actúa y las condiciones objetivas está registrada con absoluta claridad en las reflexiones de Marx sobre la alienación, la objetivación y la realización. El hombre es el único ser en la naturaleza que tiene conciencia y a esto se debe que sólo él sea capaz de establecer objetivos.

Incluido en esto está la «esencia autoconfirmadora» del hombre (*Das Wesen des Menschen*, de acuerdo con la formulación hegeliana). Esta esencia de la existencia humana es destruida en el momento en que el hombre se transforma en «materia inerte» que, según Marx, ocurre en la modalidad capitalista de producción que convierte el trabajo en una «cosa externa», en una «actividad compulsiva» que ni lo satisface ni promueve sus capacidades naturales, sino que, por el contrario, lo transforma en un esclavo de la naturaleza, llevándolo a la nada intelectual. A través de la producción, el hombre se externaliza en la naturaleza y en la sociedad, entretejida con la esencia misma del hombre, que según se mencionó, incluye la capacidad para llevar adelante actividades liberadas, y así por encima de todo la capacidad para producir. La objetivación existe desde el momento en que, dentro de un contexto particular de relaciones sociales, el hombre se convierte en instrumento, es decir, es usado por otros como un objeto. Desde ese momento, la externalización del yo, que es el elemento fundamental del entramado humano, se vuelve contra su propia «esencia», funcionando como una «cosa externa» que lo tiraniza. El punto crucial no es la objetivación en sí misma, es decir, la externalización del hombre desde la producción, que transforma la naturaleza en su expresión, sino la objetivación por otro, a través de un sistema de relaciones productivas que lo aliena como persona alienando su trabajo. La transformación de todas las energías y productos en valores-bienes alternativos en el capitalismo, donde los objetos llegan al punto de «dominar a sus creadores en lugar de ser dominados por ellos» (el producto se convierte en un fetiche), está por detrás del proceso alineador. En este proceso, las relaciones sociales se revierten totalmente y las relaciones entre las personas se

convierten en relaciones con las cosas —con el resultado de que los hombres ahora entienden el producto de su trabajo fuera de su actividad— como categorías objetivadas e independientes. Marx no acepta que este apresamiento del hombre desemboque en una conciencia definitivamente alienada y «anestesiada». Las necesidades de producción, que se mueven en la dirección de una moderna distribución que dictamina el uso múltiple del hombre, crean las condiciones para esta liberación, esto se debe a que estas necesidades tienden a acelerar la conciencia de su alienación mediante las contradicciones en el sistema y el desarrollo de las condiciones objetivas para la organización colectiva y la acción política, dentro del marco del cual la acción humana consciente reacciona contra la asimilación y la objetivación, contra el agotamiento alienador y el quietismo erosivo de la mente, dentro de un proceso institucionalizado y petrificado de deshumanización.

* * *

La categoría de totalidad en la metodología marxista tiene una importancia fundamental para comprender el análisis que hace Marx de la sociedad. Como un principio filosófico teórico, surge de Hegel, pero Marx lo utiliza profusamente como medio preeminente para llevar a cabo el análisis sociológico. En una revisión total del enfoque metodológico burgués de la sociedad, que parte de la noción del individuo aislado y egoísta que busca de una manera utilitaria elevar al máximo su gratificación y su felicidad, Marx sostiene que el todo —la sociedad— existe antes que el individuo, con el resultado de que no sólo el individuo está determinado por ella, sino que no puede ni siquiera ser concebido fuera de ella, es decir, independientemente de sus relaciones con otros individuos y con el todo social. Precisamente por esta razón, para Marx, una descripción de las partes, por más detallada y precisa que sea, no puede conducir a una explicación o comprensión de la sociedad en su conjunto, ni a las leyes reales de su movimiento, sino a constructos arbitrarios y a generalizaciones abstractas. Según Marx, las condiciones materiales de la existencia —el medio ambiente natural, la naturaleza de la producción, la forma y estructura de la mano de obra, etc.— limitan la realidad de la supervivencia del hombre, y sobre esta base la sociedad humana se genera y estructura como una entidad completa compuesta de familias, grupos ocupacionales y clases sociales, que no pueden ser entendidas como partes separadas e independientes, sino sólo en referencia a una

correlación absoluta con el todo. De ahí que el ser individual, la persona, se llegue a socializar como miembro de grupos sociales y dentro del marco de las relaciones sociales más particulares, pero también más amplias que lo determinan. En consecuencia, no hay individualidad independiente de la naturaleza social del hombre. El punto de vista opuesto, que intenta concebir al individuo fuera de su dimensión social, constituye no sólo una fabricación abstracta, sino que es también irracional, según Marx, de ahí que rechace el individualismo social.

Tomando como base este enfoque, es posible percibir la significación decisiva de los movimientos materiales de la existencia en la configuración de la conciencia humana y en la identificación que hace Marx de la acción humana como la fuerza impulsora de la historia. Los acontecimientos sociales que configuran el devenir social pueden ser entendidos fuera de su dependencia de la realidad social total; no constituyen incidentes «externos» independientes del todo social, sino que cobran toda su significación sólo en relación con él. Si fueran «externos» entonces tendrían que estar divididos en «hechos» (positivismo), tal como sostuvo Durkheim, una postura que Marx rechaza absolutamente porque se niega a tratar a la sociedad estáticamente, considerando que constituye una totalidad en la cual existe un estado constante de tensión entre las partes de que se compone, tanto de unas con otras como en relación con la totalidad. Los acontecimientos sociales ocurren dentro del marco de estas tensiones, que también pueden llevar a la divergencia entre la conciencia y la estructura social. Esta última divergencia se convierte así en un elemento objetivo de la realidad social, en un producto de las contradicciones inherentes a la sociedad. En consecuencia, la conciencia social no puede ser para Marx la suma de deseos accidentales, arbitrarios y subjetivos, ni tampoco el conflicto social y la confrontación entre sí de «grupos» de esos deseos, porque esto constituiría una vuelta indirecta al individualismo y dejaría de lado la totalidad y su antítesis dialéctica que llevan al proceso del cambio social. El cambio social y la revolución sólo pueden ser un fin consciente y, por tanto, intencional por parte de los grupos sociales y no las consecuencias no intencionales de acciones individuales, según sostienen las concepciones liberales del siglo XIX (Adam Smith). El acto revolucionario como negación de las instituciones y estructuras económicas, políticas y culturales no depende para Marx de egoístas intereses individuales, que son agrupados y convertidos en intereses generales de una manera

más o menos fortuita, sino de la conciencia causada por las propias contradicciones sociales que llevan a la gente a una acción deliberada.

Sobre la base de esta evidencia, queda claro que los críticos de Marx, como Popper y Hayek, que afirman que Marx elaboró una teoría de la totalidad en detrimento del individuo, no han comprendido suficientemente la teoría de Marx sobre la conciencia y su teoría de la praxis. Marx niega «el individualismo metodológico», es decir, el acercamiento al todo a través de actividades individualizadas y «libres» privadas, no porque niegue al individuo, sino porque cree que cualquier acción individual (praxis) no puede ser sino una acción social también, y en consecuencia, es configurada y explicada en relación con las especificaciones, limitaciones, contradicciones y antítesis de la realidad social total que existe objetivamente.

Las cuestiones aquí planteadas son: *a)* si el «socialismo real» respetó o no el contenido humanista de las enseñanzas de Marx; *b)* si captó la teoría del mundo marxista o la filosofía de la praxis (praxiología), garantizando las libertades individuales y colectivas necesarias para ello, y *c)* si el «socialismo real» comprendió o malinterpretó la postura básica de Marx de que la historia no puede fabricarse.

B) LA CRISIS POLITICO-IDEOLOGICA DEL SOCIALISMO

I. LA CRISIS EN LOS PAÍSES SOCIALISTAS

Ideológicamente, la reducción del marxismo al economicismo en la Unión Soviética y en los demás países socialistas durante los períodos estalinista y postestalinista puede compararse con una forma de desideologización de proporciones gigantescas que no sólo distanció a las masas de su contenido esencial sino que en gran medida fue responsable de ponerlas en contra del sistema.

En un enfoque inicial debemos responder a las preguntas que se plantean a continuación:

— *Con respecto a la primera cuestión*, sobre si la «sociedad civil» fue realizada dentro de un marco socialista, la respuesta es negativa por las siguientes razones:

1) No sólo no se garantizaron las condiciones para la participación de los individuos o grupos en el proceso social, sino que la plena neutralización de las masas fue impuesta usando todos los medios del control y la coerción del Estado sobre los niveles social y político. De esta manera, el requi-

sito previo fundamental para la fundación de una sociedad civil, que es la educación del individuo como un ciudadano responsable y participador, y no como un mero *Untertan* o sujeto (Marx), no se puso en práctica.

2) Toda forma de acción de autopropulsión por parte de la sociedad, en un nivel colectivo o individual, no sólo se consideró sospechosa y peligrosa, sino que fue perseguida o suprimida hasta que se desvaneció, y eso por no hablar de las ejecuciones masivas y de los *gulags* del período estalinista.

3) Muy temprano el partido dejó de ser una expresión de la sociedad; en cambio, se identificó con la maquinaria de poder transformándose en un instrumento del Estado, un hecho con enorme carga negativa, dada la ausencia de cualquier otra forma de expresión social independiente o cualquier «organismo intermediario» que, en la medida en que sobrevivieron, fueron conservados como meros elementos decorativos (sindicatos, organismos sociales de todo tipo, etc.).

4) El poder fue deificado y se presentó al Estado como un objeto de culto (lo que Gramsci llamó *estatolatría*) con la excusa de que era el Estado de la clase trabajadora. De esta manera, la sociedad política (el Estado) absorbió y neutralizó a la sociedad civil (*Burgesgesellschaft*).

— *Con respecto a la segunda cuestión*, sobre si el partido comunista conservó su hegemonía ideológica en los países socialistas, la respuesta es una vez más negativa, por las siguientes razones:

1) La total «disecación» del contenido esencial del marxismo y su conversión en una «ideología normativa» (*Zitatenideologie*). La palpitante ideología de la búsqueda, que es la idea más grandiosa de los Tiempos Modernos (Sartre), fue reemplazada por un discurso rígido e inflexible con ocultos accesorios ideológicos, que destruyó el significado del marxismo y proporcionó a los adversarios argumentos sobre lo que se dio en llamar su naturaleza acientífica, su mesianismo y su supuesta naturaleza latente de «fe desnuda».

2) La conversión de los intelectuales orgánicos (Gramsci) de la clase trabajadora en funcionarios del Estado, desprendidos de su base, que fue reemplazada como una categoría independiente y descontrolada en el nivel del liderazgo. Por lo que a esto respecta, es preciso llamar la atención sobre las observaciones excepcionalmente interesantes de los húngaros G. Konrad y Selenyi en su libro *The course of intellectuals toward power - The case of the Eastern countries*, París, 1979.

3) El distanciamiento gradual de los intelectuales «improductivos» por parte de los tecnócratas y los gestores basado en un punto de vista de pura conveniencia económica que, sin embargo, era insuficiente para hacer que la economía funcionase efectivamente y para desvincular las decisiones económicas de criterios ideológicos confusos y abstractos.

4) El estancamiento ideológico de las organizaciones de base de los partidos comunistas que dio como resultado, por un lado, el desarrollo de una actitud corrupta entre los miembros y los cuadros, que consideraban su pertenencia al partido fundamentalmente en función de las ventajas que representaba, y, por otro, en la vertiginosa declinación de las actividades del partido en todas las categorías (véase Radovan Richta: *La civilisation au carrefour*, París, 1968).

— *Con respecto a la tercera pregunta*, sobre si el socialismo respetó el contenido humanista de las enseñanzas de Marx, la respuesta también es negativa, no sólo por los crímenes cometidos durante la época estalinista, sino también porque:

1) El individuo fue suprimido por el Estado y se cultivó una concepción abstracta del interés social totalmente opuesta a la postura de Marx sobre el tipo de sociedad en el cual se garantizaba el desarrollo y la realización de la individualidad y la personalidad.

2) Las personas que no eran miembros del partido quedaron excluidas de la participación activa en los procesos sociales, fueron dirigidas por otros y activadas por el poder del Estado, como consecuencia de lo cual se convirtieron en individuos completamente pasivos, desde el punto de vista tanto político como social.

3) Las libertades individuales y colectivas no contaron con salvaguardas suficientes ni siquiera durante el período postestalinista, lo cual significó el predominio de un clima envolvente de miedo en el cual el individuo se socializaba como una persona carente de libertad.

4) Así pues, no se realizó el ideal más importante del socialismo, la humanización del ser humano, precisamente porque los regímenes del Este no demostraron confianza en el hombre y, como era natural, la «imagen del hombre» no cambió, con la trágica consecuencia de que el hombre en el socialismo fue vulnerable a los cantos de sirena del consumismo, del «sueño americano», etc.

— *Con respecto a la cuarta pregunta*, sobre si el socialismo comprendió el marxismo como la

praxiología en el nivel individual y colectivo, la respuesta es un rotundo no. Por el contrario, y además de lo que se ha dicho ya:

1) Proporcionó una burda explicación pseudo-marxista de la necesidad histórica en la cual el ser humano actuante desaparece en el seno de la colectividad abstracta que a continuación se convierte en «sujeto» de la historia.

2) Corrompió el «centralismo democrático» cambiándolo de práctica revolucionaria en un mecanismo para excluir a las bases del partido de cualquier tipo de influencia sobre el nivel ejecutivo, una temible maquinaria que establecía la «línea» desde arriba, sin posibilidad alguna de intervención de las bases en su configuración.

3) Dio una imagen unidimensional del hombre y contenidos unidimensionales acordes a su vida cotidiana, lo cual dio como resultado una represión sin precedentes de las inclinaciones y capacidades creativas del hombre dentro del sistema.

4) El liderazgo no sólo no logró confirmarse de una manera positiva mediante la evidencia de una superioridad esencial, sino que, en cuanto «nomenclatura», proporcionó un modelo social negativo al tiempo que, por su actitud y sus escandalosos privilegios, hizo que los seres pensantes se distanciaran y se pasasen al campo de los enemigos del sistema.

5) La estéril actitud economicista, además de situar la confrontación con el capitalismo sobre una base muy estrecha y peligrosa, como más tarde se comprobó, llevó a los partidos comunistas de occidente a un populismo de izquierda que sólo hizo hincapié en las demandas económicas del día a día y que: 1.º, se descarriló, relegando el eje del cambio político a una posición secundaria, y 2.º, quedó sin objeto, al menos durante el período de aplicación de la «cura keynesiana» como marco para la supervivencia y el crecimiento del capitalismo después de la crisis de 1930.

6) La inercia política e ideológica de las masas en los países del este se produjo al tiempo que, como era natural, se las relevaba de toda responsabilidad en el nivel social, con el resultado de que *en primer lugar*, las importantes seguridades que daba el sistema (empleo, salud pública, educación y oferta virtualmente gratuita de todos los servicios sociales) no sólo se daban por sentadas, sino que además no eran sustancialmente apreciadas, mientras que, *en segundo lugar*, se propiciaba una actitud parasitaria e improductiva que hacía declinar de forma sostenida la productividad y llevó a la economía toda a un estancamiento.

II. LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

La socialdemocracia europea siguió una trayectoria desigual tanto en el plano ideológico como en el de la práctica política. Ernest Mandel hizo la crónica de sus responsabilidades en el primer volumen de *El Socialismo del Futuro*, y no la vamos a repetir aquí.

Hay quienes creen que el colapso del comunismo justifica la socialdemocracia *post facto*. Esto es un error, porque el colapso del socialismo no elimina ni las debilidades ni los callejones sin salida a los cuales ha conducido la vacilación ideológica y política de los partidos socialdemócratas. ¿Dónde están los elementos de esta vacilación? Pueden encontrarse en:

1) La vaguedad ideológica y el reemplazo de la ideología por un pragmatismo político centrado en el «Estado social». La socialdemocracia europea no sólo abandonó gradualmente el marxismo, sino que, además, en lugar de procurar su auténtica satisfacción, oponiendo esto a la aberración estalinista, se fue identificando cada vez más con el razonamiento del «Estado del Bienestar y Benefactor». Bismarck ya había incluido esto en su razonamiento acerca de los efectos sobre el Estado alemán paternalista y autocrático. Había constituido prácticamente el antídoto contra el *crack* de 1929-1930 y sus repercusiones. El resultado de esta identificación fue: *a)* que la competitividad de la socialdemocracia frente a los países conservadores quedó confinada al nivel de las «demandas», es decir, al mayor grado de reclamaciones contra la Administración y el Estado. Pero ésta era una competencia de naturaleza marginal, porque el propio sistema capitalista estaba promoviendo la «cura keynesiana» como medio para combatir los *impasses* del sistema; *b)* la socialdemocracia fue concebida sobre la base de la posibilidad de alternar dentro del sistema capitalista y dejó de proponer cualquier transición hacia «otro tipo» de sistema social, hacia otro sistema social mejor y más humano; *c)* la socialdemocracia se encontró absolutamente desprovista de preparación ideológica y práctica para hacer frente al contraataque liberal una vez que se puso fin a la «cura keynesiana». Ni siquiera estaba preparada (siendo Suecia el ejemplo clásico) para mantener su posición ventajosa y para contraponer soluciones al ser acusada de que su política de beneficios sociales y nacionalizaciones era responsable del estancamiento económico y de la caída de la productividad y competitividad de las economías nacionales.

2) En la mayoría de los países, la política socialdemócrata era dirigida, en lugar de dirigir a los estratos pequeño-burgueses en la dirección de una auténtica transformación social. Esto se expresó de una manera práctica en lo siguiente: *a)* en la protección de —y la identificación con— los intereses de los pequeños propietarios y de sus ambiciones específicas a expensas de los intereses sociales colectivos; *b)* en la naturaleza marcadamente desclasada y la correspondiente pérdida de identidad que han caracterizado a los partidos socialdemócratas desde la guerra; *c)* en la aceptación acrítica de la filosofía individualista pura del liberalismo que gradualmente socavó los cimientos de la responsabilidad social colectiva y distorsionó la naturaleza de la lucha de las organizaciones sociales de masa y, en particular, de los sindicatos; *d)* en la aceptación *de facto* de un tipo de desarrollo económico que aumenta la renta individual inmediata, pero reduce la inversión social a largo plazo y la correspondiente futura infraestructura social.

3) La socialdemocracia mundial no logró crear su propia teoría y propuesta de un mercado abierto de naturaleza socialista, sino que aceptó tácitamente las especificaciones conservadoras-liberales del «mercado libre» y de la «economía de la libre empresa», que en realidad no existen, sino que operan como mecanismos perpetuadores del sistema al que se supone que el socialismo debe tratar de reemplazar.

4) Durante mucho tiempo los partidos socialdemócratas —y también los comunistas— pasaron por alto la enorme importancia del problema de la calidad de vida, y sólo cobraron conciencia de él hace relativamente poco. Se identificaron totalmente con la «ideología» feliz del capitalismo tardío, como resultado de lo cual contribuyeron a crear un tipo de persona que funciona sobre la base de la ganancia material directa descuidando todos los demás parámetros, por críticos que puedan ser, para la auténtica humanización del hombre y para el futuro de la especie humana.

5) En los países donde prevaleció el capitalismo subdesarrollado o distorsionado, por lo general los partidos socialdemócratas, por razones puramente electoralistas (siendo Grecia un ejemplo clásico), apoyaron los intereses del medio rural en detrimento de los habitantes asalariados de la ciudad, lo que trajo aparejada la creación de graves disparidades sociales y la degradación de la dinámica del movimiento obrero, tanto en el plano social como en el del desarrollo económico.

6) La socialdemocracia no proporcionó un modelo desarrollista específico al Tercer Mundo

subdesarrollado, y en consecuencia, en estos países no hay conciencia de ningún tipo de tercera vía entre el «mercado libre» y el «socialismo real» y la alternativa socialdemócrata parece ser una «cuestión europea».

7) La perspectiva socialdemócrata ha reducido la naturaleza planetaria del movimiento por el cambio social y actúa dentro del marco de las opciones y soluciones nacionales. La forma más correcta de hacer frente a los problemas aplicando el criterio de lo histórico-revolucionario y las características actuales más importantes de cada país se ha expandido en la dirección errónea, o bien hacia el aislamiento nacional o en el sentido de cubrir una serie de países con el mismo nivel de desarrollo. De esta manera no se tomaron en cuenta ni las dimensiones mundiales del desarrollo-subdesarrollo ni las dimensiones europeas de Norte-Sur, Oeste-Este.

Este razonamiento todavía presenta peor aspecto cuando se lo mira: *a)* desde el punto de vista de la consecución de los intereses económicos nacionales, a la cual están abocados los partidos socialdemócratas, y *b)* desde el punto de vista que presenta a los partidos socialdemócratas siguiendo una política puramente nacionalista en el sentido de ensanchar la esfera nacional de influencia, de anexionar territorios, etc. Un ejemplo actual obvio de esta última perspectiva es el comportamiento de muchos partidos socialdemócratas en la crisis yugoslava.

Los partidos socialdemócratas italiano y austriaco, entre otros, han adoptado una política a favor de la disolución de Yugoslavia, con intenciones claramente nacionalistas, y desgraciadamente también hay ejemplos de intervención abierta y directa para coartar las iniciativas pacificadoras del propio pueblo balcánico que, por supuesto, no obedece a ninguna ambición nacionalista.

C) EL COLAPSO DE LA SOCIEDAD CIVIL BAJO EL CAPITALISMO

La propaganda organizada y la llamada pseudoliteratura científica están tratando de aprovechar la confusión de los antiguos países comunistas de Europa para «reivindicar» el capitalismo y, al mismo tiempo, ocultar los callejones sin salida y el colapso manifiesto de la sociedad civil bajo el capitalismo. Los siguientes puntos son indicativos y en modo alguno agotan el tema:

1.º El debilitamiento del Parlamento y la constante expansión de la jurisdicción de la autoridad ejecutiva con un aumento concomitante y

abrupto de su poder frente al de la autoridad legislativa. No me refiero aquí al Estado legislativo (*Forsthof*) que actualmente es una realidad en la moderna democracia parlamentaria burguesa, sino al hecho de procedimientos no abiertos sobre los niveles ejecutivos en todos los sectores de la vida pública, sin excepción, y sobre todas las cuestiones críticas, de tal modo que la tarea del Parlamento debe quedar muy reducida a un proceso de ratificación de las decisiones tomadas por la maquinaria administrativa y el Gobierno. Al mismo tiempo, el conocimiento y la capacidad tecnocráticos de los ejecutivos administrativos unido al pleno control de la información, asegurado por la moderna informatización de la gestión, han impuesto grandes restricciones a la posibilidad de un control parlamentario importante. Y no sólo eso: la moderna maquinaria del Estado, dada la inconcebible complejidad de los problemas, puede, a través de la Administración, gobernar al pueblo y dirigir a la sociedad. Jamás había sido posible controlar al pueblo de forma tan efectiva y refinada mediante la administración de las cosas como lo es con el moderno capitalismo.

2.º La idea de que las salvaguardas constitucionales son adecuadas porque protegen al ciudadano y a las actividades sociales colectivas del Estado y de cualquier arbitrariedad de éste, ha quedado obsoleta en todos los frentes. No sólo por las razones aquí mencionadas, sino sobre todo porque actualmente el cuerpo social, bajo el capitalismo, es invadido por «terceras partes» (*Nip-perday*) muy poderosas, enormes conglomerados, por lo general de naturaleza transnacional, contra los cuales tanto el individuo como la sociedad están indefensos. Estas «terceras partes» no sólo configuran las condiciones del juego económico, sino que también controlan los mecanismos que moldean la opinión pública al tiempo que, a través de sus poderosos grupos de presión, ejercen una marcada influencia sobre las decisiones políticas y corrompen profundamente a los líderes sindicales. Esto no es simplemente lo que se ha dado en llamar complejo industrial militar, sino algo mucho más amplio y universal: mecanismos invisibles para controlar y dirigir la sociedad, que funcionan conjuntamente con el Estado, el Gobierno y la Administración y se alían con ellos. En vista de esta realidad, la idea constitucional prevalente en otra época parece totalmente desfasada y, por supuesto, ineficaz, especialmente si tenemos en cuenta que:

3.º Estas poderosas fuerzas socio-económicas han eliminado a los «organismos intermedios» —Iglesia, Universidades, sindicatos, etc.— por su

influencia y capacidad para intervenir en el devenir social. Cuando D. Riessman habló del hombre «dirigido por otros» de nuestra época, indudablemente todavía no había captado hasta qué punto la prensa y los medios de comunicación en general son controlados por estas fuerzas, ni la enormidad de la información tergiversada que proporcionan. Ya nadie está por la labor de hacer públicos los hechos; en cambio, la información es distorsionada y «adornada», minando el principio de la libertad de prensa y la libertad de expresión, elementos fundamentales en la democracia parlamentaria de corte burgués. La importancia de esta observación sólo puede entenderse en toda su significación cuando se es consciente de hasta qué punto los medios de comunicación —desde la «inocente» prensa comercial hasta la información falsificada que socava la capacidad crítica del individuo y su posibilidad de ser un ser pensante como propugnaban la Ilustración y las grandes revoluciones burguesas— promueven la falta de criterio de la persona media.

4.º El hecho de que el llamado «mercado libre» se haya convertido en un mito y en una ideología en el capitalismo maduro oculta la verdad de que tanto la producción como la determinación de los precios están siendo más dirigidos que nunca por los gigantes financieros de naturaleza transnacional. La legislación antimonopolio es completamente incapaz de evitar el difundido proceso de las fusiones tanto en el ámbito nacional como internacional; además, ya se ha producido una internacionalización del capital sin precedentes en la historia del capitalismo. Este es un proceso que no sólo abarca a la esfera de la producción, sino también a las ventas, al transporte y a la prestación de todas las categorías de servicios. El poder de estos supergigantes financieros es tal que puede dar por tierra con cualquier política económica nacional que intente resistirse a ellos, poniendo en marcha la intervención del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

También se han asegurado el control de las materias primas y los productos primarios a escala mundial y han dispuesto su compra a precios tan bajos que bloquean cualquier posibilidad de crecimiento de las fuerzas productivas en vastas áreas del mundo moderno. Esta capacidad de infiltración para controlar los recursos productivos ya se está desarrollando sistemáticamente en la Unión Soviética, que está corriendo un riesgo directo al pedir ayuda para recuperarse de su crisis económica, una ayuda por la que pagará el alto precio de la pérdida del control nacional de sus recursos productivos.

Este hecho en particular no sólo provoca un debilitamiento cada vez mayor de la sociedad civil, sino también un gradual reemplazo de la sociedad política por invisibles centros transnacionales donde se toman las decisiones de carácter económico.

5.º El fin de la cura keynesiana, señalado por la expansión de la actividad económica del Estado y su crecimiento como «Estado de Bienestar y Benefactor» en correlación con el correspondiente auge de un liberalismo puro y duro, tendría un efecto catalítico sobre las sociedades capitalistas desarrolladas. La cuenta atrás ya ha comenzado para las clases bajas y medias, la llamada *Wirtschaftsdemokratie* pertenece al pasado. La contracción de la renta y del poder adquisitivo de la pequeña burguesía es ahora una realidad en la mayoría de los países del capitalismo desarrollado, y todavía lo es más en el capitalismo subdesarrollado. La marginalización socioeconómica de masas cada vez mayores de personas que entran en el desempleo y la pobreza y la economía sumergida que, a la larga, tiene efectos seriamente adversos sobre la totalidad del proceso económico.

Si se piensa que después de la guerra, dentro del marco de la *Wirtschaftsdemokratie*, los estratos pequeño-burgués y medio han constituido el factor fundamental de la estabilidad social y política de Occidente, no es nada difícil darse cuenta de que estamos en los umbrales de una era de malestar social, con unas consecuencias de intensidad y alcance imprevisibles.

6.º No sería excesivo hablar de la *Bürgerlichegesellschaft* en el moderno capitalismo. Esto no es sólo una «dejación de todos los valores» (Scheler), ni la permisividad que ha llevado a una confusión de la distinción entre libertad y libertinaje. Se trata de una desintegración gradual del entramado social que parte de la falta total de responsabilidad para el comportamiento individual y colectivo y llega hasta extremos tales como el inquietante crecimiento de los fenómenos de patología social. El espíritu de gremio en la persecución de intereses colectivos dejando de lado con total indiferencia el interés social total es un aspecto de la cuestión. Otro es la extensión alarmante de fenómenos de agresividad social y violencia, entre ellos el *hooliganismo* y la violencia del espectador, la gran anarquía en los distritos de la clase obrera de las ciudades modernas y un aumento pronunciado de la criminalidad entre los adolescentes y los niños. Un tercer síntoma es la degradación de lo erótico, que culmina en la colosal industria del sexo y en la prostitución de jóvenes de ambos sexos. Un cuarto aspecto es la lacra que representan las drogas y la incidencia cada vez ma-

yor del alcoholismo en todos los países desarrollados.

7.º Un requisito previo para el funcionamiento del *Bürgergesellschaft* es la participación. En el mundo capitalista moderno hemos asistido a una constante declinación en la participación política y social y el correspondiente arraigo de la privación. La pasividad sociopolítica es uno de los rasgos más importantes de las sociedades capitalistas modernas, especialmente si se la considera en conjunción con el enfado y negativismo ciegos y sin sentido que caracteriza a un número cada vez mayor de gente joven. El estado de *impasse* y la falta de un significado en la vida o de fe en el futuro están por detrás de todo esto.

8.º La difusión de los sustitutos ideológicos, que por supuesto constituyen mecanismos de control social y también contribuyen claramente a la destrucción de la razón bajo el moderno capitalismo, es también un aspecto crucial de la caída del *Bürgergesellschaft*. La aparición masiva de seudoprophetas en los Estados Unidos, la moda de los horóscopos, los médiums, etc., es otro aspecto del fenómeno, lo mismo que el culto que se rinde a los «héroes» del mundo del espectáculo y de los deportes. Una tercera vía de escape de la realidad, expresado a través de la ciencia ficción, las novelas policíacas y toda la literatura barata de romance y de terror «contribuyen» a minar la razón y a establecer el absurdo y lo irracional.

D) LA DINAMICA DE LA RECUPERACION

Como una extensión de los pensamientos básicos expresados por Adam Schaff en su libro *Where the road leads?*, que se refiere a las consecuencias del uso generalizado de los ordenadores, me gustaría proponer algunas ideas que expresan un punto de vista económico más estricto. En particular:

1.º En el campo del capitalismo desarrollado se tiene ya la certidumbre de que habrá problemas de proletarización generalizada y parasitismo entre la mayor parte de la clase trabajadora, pero también entre una parte importante de los trabajadores asalariados del sector servicios. Este desarrollo no se diferenciará de un país a otro dentro del capitalismo desarrollado, porque la competencia significa que cualquiera que desee un lugar en el control del mercado mundial no puede permitirse el lujo de no aplicar microelectrónica y robots.

2.º En los países del capitalismo periférico las consecuencias serán todavía más marcadas. El único tipo de desarrollo industrial posible para estos países está asociado con la explotación de las materias primas y productos alimenticios locales, que ya son controlados por los centros capitalistas y lo serán más en el futuro o, por supuesto, sobre la base de la tecnología avanzada importada. El desarrollo de la tecnología electrónica hace que cualquier inversión basada en los costes más bajos de la mano de obra sea poco provechosa y, en consecuencia, para estos países habrá un declive gradual de su «recuperación» basado en que los centros capitalistas envían industrias con utilización intensiva de la mano de obra a la periferia. La experiencia de Chile es prueba irrefutable de esta nueva concepción, que ya previó la escuela monetarista de Chicago bajo Pinochet y que resultó en un desempleo masivo en el sector industrial. En consecuencia, para los países capitalistas de la periferia, en las nuevas condiciones, la prolongación del subdesarrollo industrial con la existencia paralela de «islas» de industrias altamente desarrolladas con uso intensivo de capital controladas por los países desarrollados es algo que se da por sentado. Lo mismo puede decirse, por supuesto, de la relación entre Norte y Sur dentro de Europa. Pero la economía sumergida y el parasitismo intermediario que constituyen la vía de supervivencia para las economías del capitalismo periférico, también se verá fuertemente golpeada porque la nueva tecnología impondrá una modernización y un centralismo de mayores proporciones en todos los sectores que inevitablemente restringen las «salidas» tradicionales en estas economías.

3.º Con respecto al llamado Tercer Mundo, es obvio que los avances en el campo de la microelectrónica eliminarán completamente la ventaja comparativa de la mano de obra barata al tiempo que su introducción en el sector primario hará, por una parte, que las economías desarrolladas sean en gran parte autosuficientes en productos alimenticios básicos, mientras que, por otra, dará lugar a una brusca declinación de la necesidad de mano de obra en los otros bienes primarios y al mismo tiempo ejercerá una presión todavía mayor sobre sus precios, dando lugar al «movimiento de tenaza» (Prebish) contra los productos primarios e industriales cada vez más en detrimento de los primeros. La explotación feroz de las materias primas y los recursos materiales como medio principal de supervivencia se incrementará en lugar de reducirse, de modo que la destrucción ecológica del planeta no sólo se man-

tendrá sino que aumentará. El espectro no sólo del desempleo, sino también de hambrunas de proporciones similares a las de Etiopía llegará a ser incluso más frecuente y amenazador.

4.º La cuestión de los países que recientemente se han separado del bloque del Este se convierte en algo particularmente complejo. Estos países fueron básicamente agrícolas antes de la Segunda Guerra Mundial y alcanzaron su desarrollo industrial bajo un régimen comunista sobre la base de la industria pesada tradicional que se caracteriza por su uso intensivo de mano de obra. Entre el 40 y el 74 por 100 de su población económicamente activa se ha convertido en trabajadores. La modernización de sus economías, incluso sin tomar en cuenta los efectos de informatización y automatización, ha significado una reducción de este porcentaje al menos a la mitad. La experiencia de Alemania del Este, con sus ya 3.000.000 de parados, nos da la medida. ¿Cómo sobrevivirán los demás, que indudablemente no estarán de acuerdo con el precio que hay que pagar por la modernización? Por otra parte, los aumentos en los precios de los alimentos que satisfacen a los agricultores y en gran medida son necesarios para aumentar la producción agrícola, tienden a polarizar la relación entre el campo y las ciudades, en las cuales la población urbana está sometida a una rápida reducción de poder adquisitivo y a la correspondiente caída en el nivel de vida.

Así pues, las enormes posibilidades que se le presentan a la humanidad de verse liberada de los trabajos manuales, del trabajo como trabajo duro y como «dolor» y del trabajo como esclavitud se asocian con enormes complicaciones que podrían desembocar en un período de regresión social, política y cultural de incalculables dimensiones. En particular:

— *En el ámbito social*, el desempleo estructural de cientos de millones y puede que incluso miles de millones de personas, aparte de los obvios efectos adversos de naturaleza puramente económica sobre la gran mayoría de la población de la tierra, convertirá inevitablemente en parásitos a grandes masas de habitantes que a duras penas llevarán una existencia precaria en la periferia de los procesos económicos. En realidad, manteniendo las proporciones volveremos al estado de la economía que prevaleció en las antiguas Grecia y Roma, donde la posición y el papel del esclavo en la producción serán desempeñados por los modernos ordenadores. Los fenómenos de patología social indudablemente aumentarán y cobrarán una intensidad extrema. El crimen, la violencia y las

drogas serán el concomitante natural de una realidad social que alberga grandes tensiones internas, privadas de cualquier perspectiva o significado en la vida. La deshumanización y la «barbarie interna», tal como la llamó Toynbee, será su resultado natural.

— *En el ámbito político* habrá un aumento rápido de los movimientos de tipo fascista y al mismo tiempo un agravamiento de los conflictos sociales en una escala nunca vista en la historia humana. Ya tenemos una muestra en la experiencia de la antigua Alemania del Este. La actual pasividad política que se advierte en todo el mundo, especialmente en los antiguos países comunistas, se convertirá en su opuesto, y por último, aflorará con la proliferación de movimientos extremistas de todas las categorías. El sistema de una «democracia» presidencial con evidentes tintes fascistas ha empezado ya a mostrar grandes posibilidades de prevalecer en los anteriores países comunistas de Europa, donde la disgregación en muchos partidos lleva a la anarquía total en la vida política. Por otra parte, el auge del nacionalismo precede al anuncio de la reclamación de todos los grupos nacionales de los recursos naturales, lo cual no sólo no facilitará el progreso hacia una sociedad universal, sino que, por el contrario, lo retrasará y lo obstaculizará, al tiempo que surgirán cada vez más posibilidades de penetración y explotación económica por una subsiguiente dependencia de los poderosos centros capitalistas en la Europa Central y del Este.

— *En el ámbito cultural*, es evidente que con estos cambios la mano de obra pierde la importancia que tiene hoy como determinante del significado de la vida para el ser humano. El aumento del tiempo libre es decisivo. Si no se transforma ese tiempo en tiempo creativo, permitiendo que una persona termine de configurar su personalidad a través de actividades libres que le den el significado y el contenido que otrora encontraba en su trabajo, el vacío psicológico para el hombre medio será enorme, con efectos trágicos sobre su equilibrio y, por supuesto, con tendencias cada vez mayores hacia el escapismo —por medio de los narcóticos e incluso del suicidio— y de la violencia como escape psicológico.

Así pues, es obvio que esta enorme desorientación plantea preguntas oportunas y cruciales con respecto al papel de los medios de comunicación y la llamada industria del ocio, que en este momento funciona negativamente y no sólo no humaniza, sino que brutaliza activamente.

No cabe duda alguna de que la humanidad ha entrado en el período más negro de la Edad Moderna, puede que incluso más negro que lo que describieron Proudhon, Landauer y otros socialistas utópicos. Está claro que la lógica del capitalismo no puede sacar a la humanidad de este callejón sin salida. Por el contrario, llevará las cosas al extremo, como ya puede verse claramente durante este período de debilitamiento del movimiento socialista mundial y el desbaratamiento de los contrapesos que hasta ahora garantizaban un equilibrio mundial elemental.

La pretensión de que el capitalismo sigue siendo el único sistema social efectivo no puede probarse y es profundamente errónea, simplemente porque no puede resolver los problemas cada vez más acuciantes del planeta, sino que, por el contrario, los hace cada vez más profundos y agudos. Aun cuando nos pusiéramos de acuerdo en que el sujeto histórico del cambio social ya no es, o dejará de ser, la clase trabajadora, los parámetros básicos del pensamiento de Marx siguen intactos. Una «penetración en la necesidad» (Hegel) de hoy nos permite ver que se está formando un frente de confrontación mundial que sigue el eje rico-pobre y avanza a través de las fronteras nacionales y de las divisiones tradicionales de clase. Precisamente ésta es la razón por la cual las reflexiones sobre la pobreza *per se* han empezado a preocupar tanto a las ciencias sociales y a los que diseñan la política de los países tradicionalmente ricos. Ya empieza a surgir un nuevo radicalismo socio-político, mucho antes de lo que hubiéramos supuesto hace dos o tres años. Por supuesto que este radicalismo sólo puede ser genuinamente socialista y humanista, en el sentido más profundo del término, no simplemente «filantrópico» dentro de la lógica del «Estado de Bienestar y Benefactor». Pero esto significa que la Izquierda, en su totalidad, tiene que redescubrir su identidad, lo cual implica, sobre todo, que debe reformular la demanda de un cambio a «otro tipo» de organización social por encima y más allá del capitalismo. La función suplementaria que ha caracterizado a la socialdemocracia dentro de un contexto capitalista durante los últimos cincuenta años ya no tendrá significado tras el colapso de los regímenes de un falso socialismo. No tendrá ni significado ni justificación en un mundo en el cual una nueva mitología surge rápidamente y tiende a aplaudir el equilibrio de miseria que impera en el planeta. El hecho de que el socialismo haya fracasado no significa que los problemas que el capitalismo no haya resuelto, usando su arsenal de me-

dios y métodos creados a lo largo de los cien últimos años en los países del capitalismo periférico y del Tercer Mundo, los vaya a resolver en los antiguos países «socialistas». Estos pueblos ya han empezado a darse cuenta de estas cosas, lo cual es sorprendente en tan poco tiempo. Así pues, sólo un socialismo genuino y profundamente renovado puede proporcionar una solución a los problemas de la humanidad. Esto significa que sus dos antiguas alas deben estudiar sus errores y unirse en un nuevo consenso socialista en lugar de tratar desesperadamente de «descubrir el socialismo» basándose en las premisas centrales del capitalismo, lo cual es matemáticamente imposible.

Yo personalmente no tengo ni la más leve duda de que se instaurará el «socialismo del futuro», porque es lo único que puede dar nueva vida a lo individual y a lo colectivo con el criterio de la humanidad del hombre. La alternativa no es el capitalismo, sino la destrucción del planeta. Si, por supuesto, las fuerzas de la Izquierda siguen evolucionando en la superficie de los acontecimientos y vacilan en el camino hacia la total confusión por el cual marchan hoy, la trayectoria será más larga y sumamente contradictoria y dolorosa. El socialismo del futuro nacerá en otra cuna y sus protagonistas serán ajenos a Europa; nacerá donde los problemas son tan agudos y tangibles que toda palabrería hueca se considera un crimen capital.